

El Poder y los poderes del cine (Prólogo)



Demetrio E.

Brisset

Díctadores en el cine.

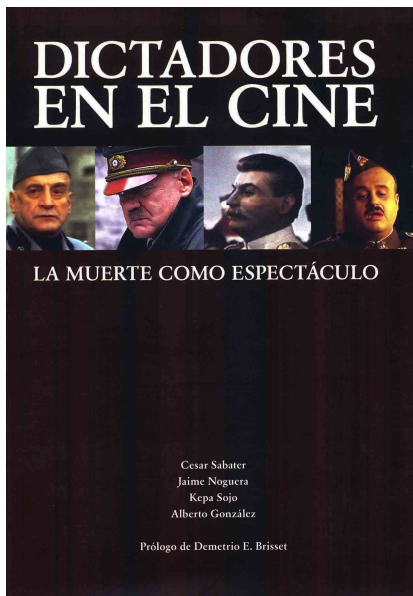
*La muerte como
espectáculo*

(C. Sabater, J. Noguera,

K. Sojo y A. González)

CEDMA, Málaga, 2007,

pp. 11-13.



PRÓLOGO

EL PODER Y LOS PODERES DEL CINE

El cine, gran arte del siglo XX, nos ha dejado veraz documentación sobre los sistemas de vida y cultura presentes en su tiempo, además de la reconstrucción más o menos lograda de sociedades del pasado.

El cine, reflejo pues de unos episodios en el deambular del género humano hacia lo que se cree y confía constituye el progreso.

El cine, también fabulador, creativo, ensoñador, profético, denunciador, hilarante, asombroso, y sobre todo, hipnotizante, capaz de convencernos de la sinceridad de su discurso.

El cine, espejo a menudo crítico del Poder, al mismo tiempo que proyector de ilusiones al servicio del Poder.

El cine hoy día, cuando uno de los problemas en nuestra cibersociedad del cambio climático del III Milenio, es la paulatina pérdida de capacidad de decisión individual, al ser arrastrados en la vida cotidiana por la necesidad de cumplir las exigencias tanto laborales como sociales, consumiendo consumo. La necesaria búsqueda de la subsistencia se lastra por el estrés ocasionado en gran parte por las anti-placenteras fuerzas fragmentadas y globalizadas al mismo tiempo, que participan de una estructura de poder ubicua, dispersa, anónima y virtualmente inamovible. Y quizás lo peor, interiorizada. En una jerárquica y pasiva *sociedad del espectáculo y el despilfarro*, donde parece triunfar la tecnofelicidad, bajo la sombra del democrático y elitista poder espectacular.

En busca del sentido del difuso concepto *poder*, si nos remontamos al *Diccionario de Autoridades* (1726), encontramos como su primera definición: "El dominio, imperio, facultad y jurisdicción, que uno tiene para mandar o executar alguna cosa". Ya se nos indica un hecho que luego se ha convertido en teórico lugar común: que del Poder sólo se conocen sus manifestaciones, los efectos de su ejercicio, que se instrumenta a través de la ley.

¿Y quiénes han ejercido en mayor grado el Poder? Incontables son los crueles jefes de clan, reyes, tiranos, zares y demás parafernalia de déspotas al gobierno de sociedades autoritarias, que han impuesto su opinión como ley de estricta obediencia.

Incluso restringiéndonos al siglo XX, es copiosa la nómina de sanguinarios usufructadores del Poder absoluto, como son los Dictadores, que siempre cuentan con la necesaria base de seguidores. Amantes de cierto cine, a veces lo han utilizado para favorecer su dominación mental y social. A partir de 1960, la televisión se impondría como herramienta propagandística de imperialismos y guerras insensatas, enmascarando el ansia de poder económico bajo la careta de la defensa de Orden, Moral y Ley.

El cine, muchas veces ha desvelado la cara oculta de tales dictadores, así como la de tantos minidictadores. En recuerdo del genial Welles, que descansa feliz aquí cerca, se pueden sacar a colación su brillante repertorio de amorales, ambiciosos y egoístas personajes por él encarnados, como el solitario magnate Kane, el codicioso destronador Macbeth, el insensible traficante Lime, el turbio potentado Arkadin, el implacable policía Quinlan, el sórdido abogado Hastler, el vicioso corruptor Falstaff y el orgulloso empresario Clay.

El cine, ha representado y denunciado muy diversas relaciones de dominio; tanto en esas universales instituciones jerárquicas como son hogar, escuela, iglesia, cuartel, tribunal, cárcel, manicomio y empresa; como en el nivel interpersonal, exteriorizando conflictos en los ejes sexual y social.

El cine, en esta edición del Festival de Benalmádena, se plasmará en filmes donde son representados varios de los dictadores europeos del siglo XX. Para complementarlos, en este libro se presentan varias investigaciones sobre un tema poco abordado: sus relaciones con el cine.

El cine de estos dictadores, no es homogéneo. Así, tenemos que Mussolini potenció su carácter comercial, fundando el Festival de Cine de Venecia en 1932, y abriendo 3 años después los estudios de Cinecittá. En cuanto al Hitler admirador de Mickey Mouse, conocía el poder de convicción del cine, por lo que ordenó en 1933 filmar artísticamente los aparatosos congresos nazis de Nuremberg, convirtiéndose en épico protagonista de reportajes escenificados para su gloria. Por su parte, Stalin se impuso como personaje heroico en el cine soviético desde 1937, eligiendo como su *doble* oficial al georgiano M. Gelovani, dedicado en exclusiva a interpretar al *padrecito* entre 1938 y su muerte. Respecto a Franco, guionista de su justificatorio filme *Raza*, amante de las comedias morales y los recuerdos imperiales, se erigió en eterno protagonista de los obligatorios No-Dos. Pero esta banda de 4 déspotas tiene en común haber utilizado el cine para apoyar el culto a su personalidad cuasi divina.

El cine con estos dictadores, es abundante. En vida y en su país, destacan las grandilocuentes apariciones de Stalin. El mejor tratado por la cámara, quizás sea Hitler (a

quien le encantó la parodia que Chaplin hacía de Mussolini en *Tiempos Modernos*), aunque también fue el más veces encarnado desde el campo enemigo, prosiguiendo de muerto su estrellato filmico quizás por su diabólica imagen. Y si nuestro Caudillo pudiera verse reflejado en los actores que le imitan, es probable que se refugiase en su tumba del valle.

El cine, finalmente, para que ustedes lo disfruten.

Demetrio E. Brisset

Universidad de Málaga